

La desolación.

De la barbarie en la civilización contemporánea

Prefacio

“Vivimos en un tiempo particularmente curioso. Descubrimos con sorpresa que el progreso ha concluido un pacto con la barbarie.”
Sigmund Freud

Pensar el horror no es una tarea fácil. Ninguna disciplina científica, aisladamente, ha podido “explicar” los acontecimientos más importantes que atravesó la humanidad en el siglo XX. El nazismo, por ejemplo, y su increíble poder de destrucción (el exterminio de 6 millones de judíos, el aniquilamiento de más de 20 millones de “sub-hombres” soviéticos, y la lista podría continuarse) resiste al análisis de economistas, sociólogos e historiadores. Tampoco el psicoanalista puede aportar un esclarecimiento suficiente sobre ese confín en el que, a veces abruptamente, lo humano se transforma en su contrario, lo inhumano, algo extraño y salvaje, y que sin embargo es organizado e impulsado por hombres y por masas humanas.

Nuestra comarca, la que ha “marcado” nuestra infancia y nuestros años de aprendizaje, también conoció el horror. Se llamó, durante las dictaduras militares, tortura, desaparición, robo de niños nacidos en cautiverio, asesinato de sus madres, entrega de los hijos a los verdugos, ultraje de cadáveres usurpados a sus familiares, destierro.

La aseveración de Sigmund Freud, citada en exergo, escrita pocos años antes de su muerte, cuando el horror del nazismo irrumpía en Europa, espacio en el que habían crecido culturas que honraban por su belleza e inteligencia al género humano, parece ser cada vez más vigente. Y ya entrado el siglo XXI, el “pacto” tiende a inclinarse del lado de la barbarie : ésta triunfa no sólo en las guerras desmesuradas del imperio más potente que conoció la humanidad contra pueblos desamparados, algunos de los cuales fueron la cuna de deslumbrantes civilizaciones, sino también en la utilización de la ciencia y la tecnología desnaturalizadas por el oscurantismo del neo liberalismo sin freno. Sólo preocupado por el lucro ávido e insaciable, devasta la tierra y su equilibrio ecológico, transformándola poco a poco en un extraño campo de pseudo-experimentación que puede terminar con la vida de la especie humana.

La desolación, concepto fundamental de Hannah Arendt, no sólo se refiere a las situaciones paradigmáticas de la esclavitud y del campo de exterminio. También caracteriza un aspecto fundamental de las masas contemporáneas. Los millones de hombres que migran, impulsados por la necesidad de subsistir, casi siempre del “sur” pobre hacia el “norte” rico, son desarraigados, se sienten “superfluos”, desechables, amenazados por la desaparición. Más que

solos se sienten desolados. El límite entre soledad y desolación se traspasa cuando, dice Arendt, “ no siendo más que mí mismo, mi propio yo me abandona”. La *loneliness* , la desolación, designa de un solo trazo una experiencia de masas, cuando el sistema totalitario las priva de suelo y las vuelve superfluas, y una experiencia íntima, la de sentirse radicalmente expulsado de lo humano. El desolado, transformado en un ser prescindible, es un hombre atacado en su especificidad misma de humano, en su pertenencia a la especie humana. “Una sociedad es bárbara, señaló Albert Jacquard, cuando admite que algunos de sus miembros están de más”.

La precariedad, la pobreza que alcanza el umbral de la miseria, la marginalización o la exclusión llevada hasta la frontera de lo inhumano, los demandantes de asilo, los inmigrantes apiñados en los guetos suburbanos, los millares de clandestinos que se esconden en las grandes ciudades europeas, constituyen fenómenos sociales de una gran amplitud, característicos de la desolación moderna. El retorno masivo a la esclavitud para millones de hombres, mujeres y niños asiáticos, y también de la Europa del Este, que trabajan para la multinacionales que deslocalizan sus capitales hacia donde la mano de obra es más barata, es la otra cara de la misma moneda : de un lado, pueblos enteros sumidos en la miseria (entre ellos los latinoamericanos, los africanos), del otro, los obreros-esclavos al servicio del neoliberalismo, con sueldos irrisorios y jornadas extenuantes. Lo que se desplaza no es tanto el dinero, sino el trabajo humano enajenado en mercancía barata. Como en “Los tiempos modernos” de Chaplín, las fábricas vuelven a funcionar al ritmo de las cadencias infernales de la cadena servil.

La frontera que delimita el salvajismo y la civilización nunca ha sido tan estrecha, tan lábil e indecisa como en la época contemporánea. Sabemos hoy que las masacres de masas de los totalitarismos del siglo XX, cuyos ejemplos paradigmáticos pero no los únicos, son el nazismo y el estalinismo, fueron protagonizadas muchas veces por celosos funcionarios, por hombres aparentemente “normales”, “banales”, a veces utopistas. Fascinados por la ideología, fueron capaces de una crueldad depravada. Estamos advertidos -y es aquí donde el psicoanálisis puede aportar elementos para la reflexión- de la temible capacidad de la humanidad para abandonar los más altos grados de civilización alcanzados en su historia y regresar a los estados de barbarie más primitivos. Barbarie y civilización se intrincan de modo muchas veces indiscernible. La más alta tecnología puede ponerse al servicio de los actos de mayor barbarie. Piénsese en el “instante” en que *Little boy*, la bomba sarcásticamente denominada “muchachito”, explotó a 580 metros de altitud sobre Hiroshima, el instante más mortífero de la historia : 70 000 muertos, la ciudad totalmente destruida. Fue la primera

“experimentación” nuclear sobre la humanidad. Tres días después otra bomba atómica cayó sobre Nagasaki, y luego la “lluvia negra” que siguió matando durante decenios. Piénsese en la respuesta bárbara de la administración Bush al atentado terrorista perpetrado en Nueva York el 11 de septiembre del 2001 : la desolación de la guerra en Afganistán, el desastre en el que agoniza Irak, tres años después de la ocupación por las fuerzas del “bien”, la amenaza que se cierne sobre Irán y todo el Medio Oriente. El islamismo y el neocristianismo integristas aparecen como los rostros bárbaros de la modernidad. El que se cree portador de la sola y única civilización existente, crea necesariamente al bárbaro, lo inventa con todo aquello que le es diferente y que se opone a sus intereses. Pero no podría objetivamente reducirse el conflicto mundial contemporáneo al supuesto “choque de civilizaciones”, cortina de humo ideológica fomentada por Bertrand Lewis y Samuel Huntington, para disimular lo evidente : el imperialismo que lidera al neoliberalismo capitalista occidental, que defiende sus intereses geopolíticos estratégicos y económicos por un lado, y por otro los pueblos humillados en su dignidad, explotados por la colonización primero y la globalización económica después, abandonados a la miseria de masas.

Puede afirmarse que la civilización en la que vivimos necesita del ejercicio de la barbarie para sostenerse. La paradoja parece insuperable : el extraordinario desarrollo de la ciencia y de la tecnología se acompaña de un empobrecimiento masivo de la población mundial. La civilización sobrevive a expensas de la barbarie a la que está sometida una parte importante de la especie humana. Basta recordar estas cifras : de los 6.500 millones de hombres que habitan la tierra, más de 850 millones no se alimentan bien, y alrededor de 2.000 millones sufren de desnutrición¹.

Es este un libro escrito en dos lenguas y en dos ciudades. Reúno en él una serie de trabajos de los últimos decenios. Algunos fueron redactados primeramente en francés y publicados en revistas culturales y psicoanalíticas de París (*La Nouvelle Revue de Psychanalyse*, dirigida por J.-B Pontalis, *Le fait de l'analyse* y *penser/rêver*, dirigidas por Michel Gribinski., *Les Temps Modernes*, cuyo director es Jacques Lanzmann). Otros fueron escritos directamente en lengua castellana, y varios fueron publicados en el semanario montevideano Brecha. Todos han sido re-escritos para esta edición.

Escribir en París para una publicación montevideana y lectores uruguayos y latinoamericanos fue, de algún modo, regresar a Montevideo y seguir estando en París, volver al país natal y

¹ Cf. M. Dufumier, “Riqueza del conocimiento campesino”, *LeMonde diplomatique*, ed. española, abril 2006

proseguir el trabajo en el afuera. El motivo que hilvana estas páginas es el que intenta anudar lo social y lo psíquico. Esta frontera fue indagada, y de modo fundador, por Freud. El psicoanálisis se abrió, desde su origen, al mismo tiempo hacia lo más íntimo de la vida psíquica individual, que escapa al control conciente del yo, y a todo lo que viene del otro y de los otros (determinaciones culturales e histórico-sociales de la persona humana).

Los trabajos aquí reunidos no son ensayos de psicoanálisis aplicado a aspectos de la vida política contemporánea. Son reflexiones de un psicoanalista y son más que reflexiones : experiencias vividas de lo ciudadano, intentos de responder a interrogantes ineludibles porque cuestionan nuestra responsabilidad de hombres viviendo con otros hombres en la ciudad de hoy.

El trabajo clínico durante treinta años con desterrados y refugiados latinoamericanos, que en los últimos años se transformaron en su gran mayoría en indocumentados, “sin papeles”, clandestinos, a quienes he llamado los “desolados”, es la experiencia de fondo que sustenta estas páginas. Los escuché en un dispensario médico psicológico de París, el centro Françoise Minkowska. Los desolados son los parias de la modernidad, los expulsados, los marginados, los que han perdido la identidad social y a quienes sólo les queda su humanidad amenazada. Migran sin saber a dónde van, y olvidan a veces de dónde vienen. Ellos me enseñaron el dolor del exilio, y escuchando sus voces, pude mejor comprender la mía. A ellos, con gratitud, dedico este libro.

Las madres locas de la Plaza de Mayo y la búsqueda de los desaparecidos, la “aparición” de personas que habían sido robadas recién nacidas y que descubren su identidad originaria, esos “hijos que vuelven”, los paradigmas del horror del siglo XX, el nazismo, la *Shoah*, las masacres de masas, la desolación, pero también algunas formas de la esperanza de la emancipación individual y colectiva de los hombres, son, más que temas, los motivos vivos que animan este libro.